



PARAÍSO DE COLECCIONISTAS

Anticuarios en Ginebra. Su nombre suena a relojes, a sedes de organismos internacionales y a chocolate. Lo que no todo el mundo sabe es que Ginebra también es una ciudad cuyas calles de la parte vieja están jalonadas por vetustas galerías de arte y tiendas de anticuarios.

TEXTO/TEXT: ALICIA ARRANZ / FOTOGRAFÍAS/PHOTOGRAPHS: JUAN SERRANO CORBELLA



Dicen los coleccionistas apasionados que para ellos no hay placer comparable al de rastrear una tienda tras otra, a ser posible en distintas ciudades y mediante considerables intervalos de tiempo, hasta entrar en una como por casualidad y descubrir, entre otro montón de objetos, aquél que ha sido codiciado durante un largo tiempo y que por fin se encuentra al alcance de la mano. O mejor dicho, del bolsillo. Del otro lado del mostrador, todo se ve distinto. Cuando los anticuarios o los galeristas hablan de su oficio, suelen coincidir en explicar que, más que un placer, es una especie de consuelo que los objetos que guardan en sus tiendas y a cuya consecución a menudo dedican cientos de horas y varios viajes hasta hallarlos en un rincón cualquiera del mundo, se despidan de ellos saliendo por la puerta en manos de un comprador que sepa valorarlos como se merecen. Aseguran que es la experiencia de muchos años lo que les permite detectar a esa clase de clientes nada más verlos cruzar el umbral de su tienda. Para esquivar a los otros, los que pretenden comprar una antigüedad o una obra de arte sin conocimiento ninguno, el código no escrito con el que se rige la profesión contempla la posibilidad excepcional de negarse a desprenderse de una pieza especialmente valiosa si se tiene la certeza de que quien se interesa por ella no está a la altura, por mucho que se empeñe en dolo o en triplicar su precio.

EL ESPEJO DE PARÍS Y LONDRES

Desde luego que un negocio tan peculiar y delicado no puede florecer en un lugar cualquiera sino que deben confluir las condiciones adecuadas. Aunque París o Londres, las dos grandes mecas de este mercado, están a otro nivel, Ginebra no tiene nada que envidiarles en cuanto a la





profunda tradición cultural que atesora, fraguada a lo largo de todos aquellos siglos en que fue uno de los cruces de caminos más importantes de Centro Europa, lo que la llevó al mismo tiempo a consolidarse como un enclave comercial de gran importancia en el que rápidamente proliferaron los bancos privados convirtiéndola en el centro financiero sin discusión del Viejo Continente.

Hablamos de hace más de 600 años, aunque no se puede poner una fecha exacta a los orígenes remotos del mercado del arte y las antigüedades en esta ciudad de la suiza francófona. Lo que se da por hecho es que está irremediablemente ligado a todos esos aspectos, pero no es hasta mediados del siglo XIX cuando este sector comienza a cobrar verdadera importancia. A partir de entonces, cada vez eran más los anticuarios llegados de lugares remotos que iban ocupando pequeños locales, unos junto a otros, en torno a las calles empedradas del centro.

Aquellos primeros especialistas en libros centenarios, monedas de tiempos pasados, sellos, relojes, cuadros, esculturas, joyas, muebles, objetos científicos o de uso cotidiano o incluso iconos bizantinos o armas, todos con sus propias historias, difícilmente imaginarían que sus negocios iban a mantenerse en activo una generación tras otra, como sucede con bastantes de las decenas de tiendas que permanecen abiertas hoy en día en los alrededores de la catedral de Saint-Pierre, la Grand Rue y la deliciosa Place du Bourg-de-Four. Por supuesto, algunas terminaron echando el cierre pero otros más fueron llegando a medida que avanzaba el siglo XX o incluso ahora, ya empezado el XXI, para tomar el relevo y seguir contribuyendo entre todos a que esta bella ciudad a orillas del lago Lemán siga siendo ese pequeño reducto al que acuden miles de personas cada año en busca del objeto que les falta en su colección. ●



COLLECTORS' PARADISE

Antiquarians in Geneva. Its name evokes watches, the headquarters of international organisations and chocolate. But what not everyone knows is that Geneva is also a city whose old part is full of ancient art galleries and antiques shops.

Passionate collectors say there is no pleasure comparable to inspecting one shop after another, if possible in different cities and with certain intervals of time, until going into one as if by chance and discovering, under a mountain of different objects, just the one they've been wanting for a long time and which is finally close at hand. Or, rather, close to their wallet.

From the other side of the counter, everything looks different. When antiquarians or gallery owners speak of their profession, they tend to explain that, more than a pleasure, it is a kind of consolation that the objects in their shops—which have often been acquired after hundreds of hours and much travel—are bought by someone who appreciates their value. They say it's the experience of many years that allows them to detect that kind of customer as soon as he comes in the shop. To avoid the others—the ones who want to buy an antique or a work of art without any knowledge—there is an unwritten professional code that allows for

A partir del siglo XIX llegan desde lugares remotos anticuarios que iban ocupando pequeños locales, unos junto a otros, en torno a las calles empedradas del centro

Starting in the 19th century, antiquarians from distant parts occupied small shops, some of them close to one another, along the cobbled streets of the city centre

the exceptional possibility of refusing to sell an especially valuable piece if it's clear that the person seeking it does not merit it, even if he doubles or triples the offer.

LIKE LONDON AND PARIS

Naturally enough, such a special and delicate business cannot flower just anywhere: the right conditions must first exist. Although Paris and London, the two great Meccas of this market, are on a higher level, Geneva has nothing to envy them as far as cultural tradition goes: it has been cultivated throughout the centuries when it was one of the most important crossroads in Central Europe. This was a business centre of great importance, with private banks early on creating an undisputed European financial centre.

We're speaking here of more than 600 years ago, although it's impossible to put an exact date on the remote origins of the arts and antiques market in this French-speaking part of Switzerland. What is clear is that, apart from the origins, it was only in the middle of the 19th century that this sector began to acquire real importance. Starting then, more and more antiquarians from distant parts occupied small shops, some of them close to one another, along the cobbled streets of the city centre.

Those first specialists in old books, coins, stamps, watches, paintings, sculptures, jewels, furniture, scientific objects and ordinary articles and even Byzantine icons and weapons—each with its own history—would have found it

Aseguran que es la experiencia de muchos años lo que permite a un anticuario detectar a la clase de clientes que sabe valorar una pieza como se merece

They say it's the experience of many years that allows an antiquarian to detect the kind of customer who appreciates a piece the way it deserves

hard to believe that their businesses were going to survive generation after generation. This is what has happened with several dozen of these shops around the cathedral of Saint-Pierre, the Grand Rue and the lovely Place du Bourde-Four. Naturally some of them closed, but others came along as the 20th century progressed and even into the 21st, to replace them. All together, they continue to maintain this beautiful city on the edge of Lake Lemman as a magnet for thousands of people every year in search of just the object that's missing from their collection. ●

